

denigrativas de la autoridad del Pontífice y casi de todos los obispos de la península é islas adyacentes, por haber clamado á V. M. por la constitucion del santo tribunal. De este modo la nacion entera quedaba tranquilizada, y no sepultada en el amargo dolor y horror en que temo no quede, si queda abolido por V. M. el tribunal. Tribunal establecido por los Pápas, pedido por los reyes, reconocido por los concilios, venerado de los santos, amado de los buenos, temido de los malos, aborrecido de los hereges; el único que espanta á los vanos y orgullosos filósofos del dia; el único capaz de hacerles humillar, de hacerles cerrar sus bocas indignas, y caer de sus manos sus plumas sacrílegas."

SESION DEL DIA 26 DE ENERO DE 1813.

El *Sr. Calatrava* : „Aunque yo no hubiera estado siempre convencido de que el tribunal de la Inquisicion no debe existir en una nacion culta y libre, bastaria para persuadímelo la conducta que han observado en esta discusion los defensores de ese establecimiento. Los mismos que en 22 de abril último querian que el asunto de la Inquisicion se discutiera en sesion permanente, sin dar tiempo para que el *Sr. Torrero* extendiese su voto particular, ni aun siquiera para que nos instruyésemos del expediente, como era indispensable, y se acostumbra siempre en iguales casos; ahora despues de impreso y repartido el dictámen de la comision, despues de háberseles dado todo el tiempo necesario, han apurado todos sus recursos para impedir que se entrase en la discusion: la eludieron tenazmente por espacio de tres dias; y quando nada pudieron conseguir, V. M. ha visto por quantos medios han procurado prolongarla, y como se han conducido en ella. Se ha ofendido á la autoridad del Congreso, á su decoro, á su religiosidad misma: á los diputados que han sido de distinta opinion que esos señores, se les ha querido hacer sospechosos en lo mas delicado que tiene un hombre de bien y un católico cristiano. A la comision de Constitucion, compuesta de respetables individuos; á esa comision benemérita tan digna de la consideracion y aun gratitud del Congreso por sus importantes trabajos, se la ha atacado encarnizadamente, tratándola de herética, de cismática, de impía. Es verdad que por las leyes eclesiásticas, de que otras veces se muestran tan zelosos esos señores, se prohibe que así en los escritos como en las disputas, se emplee censura, nota ni injuria alguna contra aquellas proposiciones que aun se controvierten entre católicos: es verdad que aquí no se trata sino de cosas que siempre se han controvertido; pero qué importa todo esto? á falta de buenas razones se recurre á las injurias, y para concluir á los que piensan de otro modo, no hay medio mas expedito que el de pintarles como hereges. Conforme á las mismas leyes eclesiásticas no es heregia sino el error en las cosas que manda creer como de fe la iglesia universal; y yo pregunto: ¿qué hay en todo el dictámen de la comision, y menos en las proposiciones que se discuten, que sea contrario á lo que nos manda creer la iglesia? ¿Qué tiene que ver la Inquisicion con el dogma? Los defensores de la Inquisicion poco acordes entre sí se han contradicho, y los unos han des-

truido los argumentos de los otros. Unos al paso que sindicaban de hereges á quienes querian hacer sospechosos en la fe á los que tratan de que sea abolida la Inquisicion, confesaban por otra parte que este tribunal no es esencial á la religion, ó que su establecimiento y subsistencia no es de dogma. Unos negaban á V. M. la facultad de suprimirlo; y otros concediéndosela, solo alegaban que seria impolítico hacerlo en estas circunstancias. Unos decian que la Inquisicion es necesaria para conservar pura la religion, y que se conmoverán los pueblos si se suprime; y otros que no se necesita la Inquisicion, aunque los pueblos la quieren, y que si la quieren es por el error de creer que la Inquisicion y religion son sinónimos. Argumentos tan contrarios, y el modo con que se han producido, son una prueba de la poca solidez de todos, y perjudican infinito á la misma causa que sostienen. La defensa que se ha hecho de la Inquisicion, es lo mas oportuno para convencernos de que semejante tribunal no debe existir entre nosotros.

„En vano, Señor, se lucha contra la fuerza de la verdad. La Inquisicion es una de aquellas cosas que puestas á la vista de un Congreso nacional no pueden resistir su exámen, y tienen que caer precisamente. Tales establecimientos no pueden sostenerse jamas sino á beneficio de la obscuridad que los envuelve; pero en dándoles la luz, se ve claro lo que son. Las sombras se han disipado; esta discusion ha esparcido una claridad irresistible; el terror no nos hace ya callar y cerrar los ojos, y V. M. y el pueblo todo han visto lo que es en sí el célebre *Santo Oficio*. Acaso para que no viese, se queria que no entrásemos en esta discusion; pero se ha entrado, y se ha puesto bien de manifiesto á toda la nacion que ese tribunal vicioso en su origen, intolerable en su sistema, ni es necesario á la religion, ni es conforme á su espíritu, ni es compatible con la constitucion de la monarquía. V. M. declaró por fin esta incompatibilidad despues de un maduro exámen, y cerró la puerta á los defensores de la Inquisicion; pero todavía volvieron á la carga para hacer ilusorio lo resuelto. Un señor diputado propuso por vía de adición que V. M. declarase que la incompatibilidad no se entendia con respecto á la autoridad eclesiástica. Otro (el Sr. Llaneras) insistió en querer hacer incompatible la Inquisicion con la constitucion, pidiendo que se diese un nuevo reglamento á la primera. Ni una ni otra propuesta fueron admitidas. ¿Qué prueba mas clara de la voluntad del Congreso? ¿Qué mayor desengaño de que V. M. no quiere que la Inquisicion, ni con reforma ni sin ella, vuelva á existir en España, porque reformada como sin reformar es incompatible con la constitucion? A pesar de todo, ahora se renueva la anterior disputa, como si V. M. pudiera retroceder de lo ya resuelto. Vuelta á la necesidad de conservar la Inquisicion: vuelta á que V. M. no puede suprimirla. ¿Que no puede!! V. M. tiene la mas indisputable autoridad para ello: V. M. debe necesariamente suprimir la Inquisicion despues de haber reconocido y declarado que es incompatible con la constitucion: V. M. en restablecer la sabia ley de Partida, ni quita al Sumo Pontífice la autoridad que le compete, ni da á los reverendos obispos una que no tengan: no hace mas que restituir á estos lo que es suyo; no hace mas que restablecer la antigua disciplina de la iglesia, la práctica que en ella, y especialmente en la de España, se observó constantemente por espacio de muchos siglos.

„¿Que V. M. no tiene autoridad para suprimir la Inquisicion!! ¿Es

acaso un punto de dogma que debe haber Inquisicion en todo pueblo católico? ¿Es un punto de dogma que establecido ese tribunal por los Reyes y los Papas no pueda suprimirlo la autoridad soberana, ó quitarle la jurisdiccion temporal, é impedirle el ejercicio de la que delegaron los Pontífices? Si esto se halla resuelto y mandado creer como de fe por la iglesia universal; entonces cedo inmediatamente, y me retracto de lo dicho; pero si la iglesia no lo ha propuesto á los fieles como un dogma, entonces V. M. puede hacer lo que mas convenga, y yo soy libre para expresar francamente mi dictámen en este punto. Creo como dogma que el Sumo Pontífice es la cabeza de la iglesia, y que como tal tiene la primacia, no solo de honor, sino tambien de autoridad; pero no creo, porque no es dogma, que esta primacia de autoridad tenga toda la extension que en Roma se le ha dado; no creo que sea de dogma que en virtud de esa primacia hayan podido los Papas establecer la Inquisicion en España, ni menos que establecida, sea un punto de fe, que no se puede suprimirla sin que concurra la autoridad de la iglesia. Callaré, repito, y me someteré gustoso, si se me hace ver que la iglesia universal nos manda que lo creamos; mas no habiendo nada de esto, digo que la Inquisicion es un establecimiento puramente humano; digo que la nacion por sí sola puede suprimirlo; y digo que el Sumo Pontífice, sin el consentimiento de los obispos de España, no pudo legítimamente establecer un tribunal que les quita, ó á lo menos les limita considerablemente unas facultades que no han recibido de la Sede apostólica, sino del mismo Jesucristo.

„ La primacia del Papa es sin perjuicio de la autoridad de cada obispo en su diócesi. Las facultades que estos recibieron de Dios para gobernar u grey han debido quedarles siempre ilesas y expeditas. Por espacio de muchos siglos lo estuvieron: el Primado las respetó; y la iglesia cuidó siempre de conservarlas y protegerlas, como entre otros exemplares lo hizo el concilio de Antioquia tratando de los metropolitanos: *unumquemque episcoporum habere suæ parochiæ potestatem*. Por espacio de muchos siglos conocieron los obispos en sus respectivas diócesis de las causas de fe: ellos calificaban y condenaban los errores, ya por sí solos, ó ya en los sínodos provinciales; y casi ninguna heregia se condenó en concilio general que no lo hubiese sido ántes en los particulares. Por espacio de muchos siglos conocieron de todas las demas causas, aun las mas graves de aquellas que hoy se creen del privativo conocimiento de la Santa Sede. Los obispos canonizaban á los Santos: los obispos no necesitaban acudir á Roma para ser instituidos por sus compañeros: los obispos juzgaban y aun deponian al que entre ellos se hacía culpable; y en el caso que ya se ha citado del obispo español Basíldes, condenado por otros compañeros, bien se sabe que estos consultaron á los Padres de Africa con motivo de haber Basíldes acudido al Papa Esteban, y que contestándoles San Cipriano á nombre de aquellos prelados les dixo, entre otras cosas, que Basíldes en acudir al Papa no habia hecho mas que aumentar sus delitos. Ni aun se apelaba al Sumo Pontífice de las decisiones de los obispos. El concilio general de Nicea decretó que todas las causas se terminasen en las provincias. El de Cartago de 419 llegó hasta imponer la pena de excomunion al que apelase á juicios transmarinos. Las falsas decretales fueron las que prepararon el fiero golpe á la autoridad de los obispos: ellas las que sirvieron de apoyo á las usurpaciones de los Papas: ellas las que dieron á la primacia de estos la prodigiosa

extension que tantos males ha causado á la iglesia y á las naciones. Hablo así salvo el respeto debido á la Santa Sede ; y no puedo menos de recordar á V. M. la oportuna observacion que hizo un señor preopinante acerca de la diferencia de concepto entre el sucesor de San Pedro y el soberano de Roma , y los diversos intereses y miras de uno y otro. Las falsas decretales , repito , fueron las que trastornaron la antigua disciplina , y las que atacando los derechos de los obispos , atribuyeron casi toda la autoridad á los Pontífices. Hasta entonces no se conocieron las reservas , ni las exênciones , ni las demas prerogativas que despues usurpó la curia romana. Hasta entonces fueron desconocidas en la iglesia las máximas antisociales con que aquella corte se quiso erigir en monarquía universal. Hasta entonces no se habia dicho que correspondiese á los Pontífices el conocimiento privativo de las causas mayores , especialmente las de heregía. Es verdad que aun despues de recibidas las falsas decretales continuaron conociendo de estas causas los obispos , y que muchos , y en particular los de Francia , resistieron su despojo y las usurpaciones de Roma ; pero Roma al fin pudo mas , porque la desidia de los obispos , y el poder y los manejos de los nuncios , le proporcionaron la victoria.

„De aquí poco á poco se fueron consagrando los abusos , y de aquí procedió con el tiempo que los Papas se creyesen autorizados para establecer la Inquisicion en mengua y perjuicio de los derechos episcopales. Mas yo pregunto : ¿es punto de dogma que pudieron legítimamente hacerlo , y usurpar ó limitar á los obispos unas facultades que les ha conferido el mismo Jesucristo ? Y quando estas son tan incontestables , quando era tal la antigua disciplina de la iglesia , quando en la de España estuvieron constantemente los obispos por más de catorce siglos conociendo de las causas de heregía , ¿tendremos , no digo por de fe , pero ni aun por legal y arreglado , que el Pontífice pudiese erigir esos nuevos tribunales en las diócesis de los obispos , despojando á estos del conocimiento que antes tenían en aquellas causas , ó perjudicándoles hasta el extremo de dexarlos en un lugar inferior á los inquisidores ? No se diga que el ordinario conoce con ellos ; el ordinario es el último en el tribunal de la Inquisicion : el ordinario tiene un voto contra dos , y el ordinario se sujeta al inquisidor general. El Papa no ha podido introducir esta nueva disciplina tan contraria á la antigua , y tan poco conforme á las leyes de la iglesia. ¿Y deberá un soberano temporal permitir que subsista por mas tiempo semejante abuso ? Y un soberano protector de los cánones , y una nacion tan interesada en que se observen , ¿podrán desentenderse de restituir á los obispos del despojo que sufren ? Ayer se dixo que V. M. no era un concilio : yo digo que V. M. lo es para este caso , y que V. M. es un obispo para las cosas exteriores de la iglesia , como se titulaba Constantino. Inquisidor general llamaba al rey el sabio obispo de Plasencia Don José Gonzalez Laso. V. M. lo es igualmente , y conservador de la disciplina de la iglesia , y defensor de los derechos de los obispos. V. M. tiene la mas legítima autoridad para contener el abuso que haga de la suya el Romano Pontífice , y para impedir que con ella se perjudique á los españoles. A estos importa mucho el no ser juzgados sino por sus propios pastores , y V. M. puede emplear sus facultades para que así se verifique , y para que no les juzguen unos delegados del Pontífice , unos adventicios , como les llamaba el propio obispo de Plasencia.

„Aun quando el establecimiento de la Inquisicion hubiese sido mas legítimo, V. M. podría muy bien suprimirla, reconociendo que es perjudicial ó no conforme á las leyes fundamentales del estado. Los puntos de disciplina estan sujetos á la autoridad temporal para admitir ó desechar aquellos que convenga. No nace de otro principio la regalía, sancionada ya en la constitucion, de que todas las bulas y breves pontificios, y aun los decretos conciliares, se presenten al rey para obtener el pase ó *exequatur*. Muy legítimos son los decretos de disciplina del santo concilio de Trento; y bien cerca de nosotros está una nacion, cuyos príncipes no los admitieron, por considerarlos no conformes á sus leyes civiles, ú opuestos á las libertades de la iglesia galicana; libertades que no consisten en privilegios ó fueros distintos de los de otras, sino en los derechos que antes tenían todas, y que aquella procuró conservar y defender de las usurpaciones de la curia romana, ó porque tuvo obispos mas zelosos, ó porque halló mas proteccion en los príncipes, ó porque estuvo en circunstancias mas favorables. Nuestros reyes han negado el pase á muchas bulas y breves, y resistido ó no dexado tener efecto á varias disposiciones de los Pontífices; y nadie les ha culpado de falta de respeto á la iglesia. Ellos han dado muchas leyes en las cosas de disciplina, y prescrito reglas á la misma autoridad eclesiástica; y para no citar otros exemplares, leeré el caso ocurrido con el obispo de Teruel en tiempo de Carlos III; lo qual bastará para convencer á algunos de las facultades que han exercido los reyes, aun en puntos que se creen puramente eclesiásticos, quando se interesa la observancia de los cánones, ó de las leyes del reyno (*leyó la nota IV á la ley V, título VIII, libro I de la Novísima Recopilacion*). Aquí el príncipe prescribe lo que se habia de tratar en el sínodo, se reserva examinarlo y aprobarlo, y reprehende al obispo porque trataba de poner en duda este derecho. Muchas de las expresiones que se han oido aquí no se hubieran dicho en tiempo de Carlos III; y creo que los que han proferido ante V. M. ciertas especies, no se hubieran atrevido á hacerlo ante aquel rey, á quien nadie tendrá por irreligioso. Yo no sé como hemos retrocedido tanto en tan poco tiempo.

„Nadie niega ni puede negar á la iglesia la potestad que tiene por derecho divino; pero esta potestad es cosa distinta del exercicio de ella, en el qual puede haber abusos. Tampoco es lo mismo la potestad espiritual que tiene la iglesia por derecho divino, y la autoridad ó jurisdiccion eclesiástica que exercen los prelados. Gran parte de esta autoridad no es de derecho divino; y la jurisdiccion, si hemos de hablar propiamente, si por ella hemos de entender, como muchos canonistas, la facultad de juzgar las causas civiles y criminales, esta no la tienen los eclesiásticos, sino porque los príncipes han querido concedérsela ó permitírsela. No se crea, pues, que todo aquello de que entienden las autoridades eclesiásticas es espiritual y de derecho divino; ni se desconozca que quando las autoridades eclesiásticas abusan de la potestad espiritual, ó la exerzan de un modo ó por medio de personas que no convengan á la sociedad temporal, pueden los soberanos poner el oportuno remedio. Potestad espiritual tiene el obispo, y autoridad y jurisdiccion legítima; y sin embargo no puede ejercerlas por medio de su provisor, sin que este sea aprobado por el rey. El Papa mismo no nombra su nuncio en España sin dar parte al soberano, y saber que

le es grata la persona que se destina. Sirvase V. M. oír lo que sobre esto se halla prevenido (*leyó la ley XIV, título I, libro II de idem*). No me acuerdo de si fué en el caso que cita esta ley, ó en otro ocurrido tambien en Valencia, quando el arzobispo quiso remover á su provisor, y habiendo este ocurrido á la autoridad civil, fué mantenido por ella en el provisorato. He visto un documento que lo comprueba en el expediente relativo al canchiller de competencias, que se ha pasado á la comision de arreglo de Tribunales; y allí se verificó que la autoridad temporal, ademas del derecho de aprobar ó reprobar el vicario nombrado por el arzobispo de Valencia, no permitió que este removiese al elegido, ni ejerciese su potestad y jurisdiccion por otro vicario. Y quando los obispos de España, y aun los Pontífices mismos reconocen el derecho del soberano para no ejercer su autoridad sino por medio de personas que le sean gratas, ¿se disputará á V. M. la que tiene para impedir que qualquiera que sea la de los Papas en las causas de fe, la exerzan por medio de los inquisidores, y por el sistema observado de tres siglos á esta parte?

„Hay otra cosa, que tambien debe tenerse presente. Los defensores de la Inquisicion han hablado de ella, como si la hubiera establecido el Papa *motu proprio*, y como si en el establecimiento la autoridad temporal no hubiese hecho mas que auxiliar á la eclesiástica. Precisamente ha sido todo lo contrario. Aquella disposicion fué de los Reyes Católicos, que pidieron al Papa que les auxiliase, y este no hizo mas que auxiliarles para que la executaran como querian. Léeré un documento que quita toda duda: el primer despacho de los reyes. (*Leyó la nota I á la ley I, tit. VII lib. II de id.*) El Papa, pues, no adoptó aquel medio sino á suplica de los reyes, no estableció por sí la Inquisicion, sino que les otorgó la facultad de nombrar inquisidores. Este establecimiento sufrió las vicisitudes que sabe V. M. Primero fueron inquisidores dos frayles; luego se autorizó al arzobispo de Sevilla para conocer de las apelaciones; despues fue único inquisidor general el P. Torquemada; posteriormente se establecieron los tribunales en cada diócesi, y por último volvió el P. Torquemada, y organizó la cosa de otro modo; y desde el primer instante con tantas variaciones en tan poco tiempo no se hizo mas que multiplicar las pruebas de que aquel establecimiento era vicioso en su esencia. Cerca de dos años tardaron los Reyes Católicos, despues de expedida la bula por Sixto IV, en nombrar los inquisidores; y pregunto ¿así como tardaron dos años, no pudieron quedarse con la bula guardada, y no haber nombrado jamas los inquisidores? ¿Hubieran usurpado ni ofendido por esto la autoridad del Sumo Pontífice, aun dándola toda la extension que se quiera? Mas: muerto civil ó naturalmente el inquisidor general, ¿hay quien dispute al rey la facultad de no nombrar sucesor y de no usar de la que le otorgó el Pontífice, sin ofender tampoco á la autoridad eclesiástica? Y aun estando en ejercicio el inquisidor general, dando, repito, á la autoridad que se le delegó toda la extension que quieren darle, ¿no podrá el soberano que le nombró decir: „ya no me acomoda que este establecimiento que yo mismo solicité, continúe; no quiero usar de aquella gracia, las circunstancias que me induxeron á pedirla ya no existen: vuelvan las cosas como estaban antes de que se me hubiese concedido? Quien negase á V. M. este derecho, sería un temerario ó un necio. Qualquiera puede no usar ó dexar de usar de lo que se concede,

Aaaa

y en nada perjudica á quien se lo concedió. Yo creo que si se atiende bien á esta consideracion, no se podrá menos de conocer que qualquiera que fuese la autoridad del Pontifice para establecer la Inquisicion, V. M. no toca ni ofende á aquella autoridad de modo alguno en suprimir el tribunal que pudieron los reyes no haber establecido. Sobre todo, si el Papa *motu proprio* hubiera querido introducir la Inquisicion en España, ¿no podrian muy legalmente haberse opuesto á ello los Reyes Católicos? Si el Papa quisiese hoy establecer otro tribunal semejante, ó hacer alguna otra novedad en nuestra actual disciplina, ¿habrá algun español que niegue á V. M. el derecho de no permitirlo? Y se quiere negar el de suprimir la Inquisicion! Y se tiene en tan poco la soberanía nacional!.... Pero vamos al segundo punto.

„V. M. sin perjudicar á la potestad propia de la iglesia, ni á la primacia del Sumo Pontifice, que debe contenerse en sus justos límites, puede suprimir la Inquisicion, y debe suprimirla; porque habiendo ya declarado que es incompatible con la constitucion, no sé en qué cabeza cabe creer que semejante tribunal deba subsistir en España. Bastaba esta sola razon; pero concurre ademas la poderosísima de que hallándose el inquisidor general con los enemigos, el consejo de la Suprema carece de autoridad eclesiástica, como lo ha hecho ver la comision, y últimamente lo han demostrado hasta la evidencia los *Sres. Larrazabal y Castillo*; y esta autoridad sí que es imposible que V. M. pueda dársela ni suplírsela. Los señores que han hablado contra el artículo, no se han hecho cargo de estos irresistibles argumentos, sin duda porque reduciéndose los mas á leer discursos escritos de antemano, dexan en pie todas las razones que sucesivamente se van exponiendo. He visto que han confundido dos puntos muy diferentes; esto es, la autoridad eclesiástica que tienen los inquisidores de provincia, con la que tienen los consejeros de la Suprema. El *Sr. Creus* fue, si no me equivoco, el que quiso satisfacer á la dificultad, leyendo unos fragmentos de dos bulas para probar la autoridad del consejo; pero el *Sr. Creus*, que culpaba á la comision de capciosidad, no sé si empleó alguna en citar unos documentos, que creo no hablan de los consejos de la Suprema, sino de los inquisidores de provincia. Que á estos en virtud de las bulas subdelegue el inquisidor general una parte de la autoridad eclesiástica, nadie dice lo contrario; pero que las bulas le autoricen para subdelegar tambien esta misma autoridad en sus consejeros, que la haya subdelegado efectivamente, y sobre todo que los consejeros tengan la autoridad eclesiástica del inquisidor general en las vacantes; esto ni se deduce de aquellas bulas ni de otras, ni es cierto en manera alguna, y el argumento queda en pie. Hay mucha diferencia de los inquisidores de provincia á los consejeros de la Suprema. Los primeros tienen jurisdiccion eclesiástica. Los segundos ninguna. Aquellos son jueces, forman las sumarias, executan los arrestos en ciertos casos, instruyen los procesos, dan las sentencias, y aun las llevan á efecto por sí solos en las causas en que no se necesita la consulta; pero los otros son unos meros asesores ó consiliarios del inquisidor general, el qual puede no pedirles dictámen, ó separarse de él siempre que quiera. Cítenos el *Sr. Creus* la bula que hable de los consejeros, dándoles autoridad eclesiástica. Sobre todo preséntese la que les conceda la del inquisidor general en el caso de impedimento ó de vacante. Pero tal bula no

parece; y estos señores que hallan tantos inconvenientes en que V. M. restablezca la ley de Partida tan conforme á los cánones y á la disciplina constantemente observada en la iglesia de España por espacio de quince siglos, no hallan ninguno en que V. M. dé al consejo una autoridad que no puede darle ni permitirle, porque no se la ha dado la iglesia, que es á quien corresponde.

„Fuera de esto, ¿como se desconoce que la diferencia misma de los tiempos exige una variacion? La comision ha hecho ver quan distintas son las circunstancias actuales de aquellas que induxeron á los Reyes Católicos á impetrar las bulas. Millares de moros y judíos vivian entonces en España. Para los fines que con respecto á ellos se proponia la política, sin duda la Inquisicion era el medio mas oportuno; pero expulsados unos y otros pocos años despues por los mismos Reyes Católicos, aun en tiempo de estos cesó la causa del establecimiento del tribunal. Aquellas familias ó ya se han extinguido enteramente entre nosotros, ó apenas conservan algun tal qual individuo. ¿A que, pues, la Inquisicion? ¿No bastan los obispos y los magistrados civiles, y el zelo del Gobierno para impedir que entren ó se difundan heregias en el reyno, y castigar á los culpables? ¿Habrá ma: zelo en los inquisidores que en los ordinarios? ¿No son estos los que ha puesto Dios para que cuiden de su grey? ¿No tienen toda la potestad necesaria, y encuentran en la civil todo el auxilio que conviene? ¿No ganará mucho la misma religion en que se les dexe el pleno exercicio de unas funciones, que ademas de serles tan propias é inherentes, las pueden ellos desempeñar mucho mejor que los inquisidores? El R. obispo de Plasencia en su exposicion á Carlos IV citada por el Sr. Villanueva se hace cargo de esto mismo, y de la mayor facilidad ó mejor proporcion que tienen los obispos para proceder en las causas de fe; porque ellos saben ó pueden sondear la calidad, las circunstancias, las pasiones de sus ovejas, y de consiguiente aplicarán el remedio con mas acierto, y con mas prudencia que los inquisidores. „Los obispos, dice, son padres de sus diocesanos, les miran con mas amor, desean su bien, y se lo procuran por todos los medios posibles: los inquisidores parece que solo han sido puestos para aterrar con el castigo.” ¿Qué razon hubo, añado yo, para eximir á los inefos de la jurisdiccion de los inquisidores, y dexarlos al cuidado de sus ordinarios? No otra sin duda que la de que era necesario atender á la debilidad ó á la rudeza de aquellas gentes, y tratarlas con dulzura como á hijos. ¿Y nosotros no somos tambien débiles y flacos? ¿No estamos tan expuestos á errar? ¿No somos tambien hijos? ¿No somos acreedores á que se nos trate del mismo modo?

„Se dice que la Inquisicion ha sido puesta por la iglesia para conservar mejor la fe, llegando algunos hasta el extremo de creer que esta no podrá conservarse sin la Inquisicion, á la qual tienen tanto miedo los hereges é irreligiosos. Mucho agravia á los españoles quien así piensa, y no ofende poco á la religion el que cree sostenerla por el miedo. ¿Pero son los inquisidores los guardas, los conservadores de la fe? ¿Se confió á ellos este depósito sagrado? Solo lo ha sido á los obispos, y estos son por institucion divina todo lo que aquellos no pueden ser aun con todas las bulas del Vaticano, como dice el propio obispo de Plasencia. Séame lícito repetir otras palabras de este respetable prelado, aunque ya citadas por el

Sr. Villanueva: „los obispos son doctores y maestros, los inquisidores discípulos; los obispos son padres y pastores, los inquisidores hijos; no tienen estos el cuidado de apacentar las almas; son unos meros mercenarios. ¿Y habrá quien se atreva á decir que los inquisidores conservarán mas pura la fe que los obispos? ¿Habrá quien quiera enmendar la plana al divino Legislador? ¿Estarán degradados por mas tiempo los sucesores de los apóstoles, y sujetos á unos simples presbíteros? No se me diga que lo hizo el Papa; yo diré con el obispo ya citado que el Papa no pudo hacerlo, y que en esto no hizo mas que arrollar el derecho divino, trastornar la gerarquía, é introducir una monstruosidad en la iglesia.

„Pero á propósito: ayer oí con mucha admiración mia á un señor diputado, que por otra parte reconoció en los obispos la facultad inherente para conocer en las causas de fe, llamar cismático á qualquiera de ellos que reclamase sus derechos; sin duda porque entre tantos que, haciendo poco caso de su dignidad han pedido la Inquisición, hay alguno que ha levantado la voz para pedir el reintegro de sus derechos usurpados. Y no solo le llamó cismático, sino que le graduó de comparable á Nestorio, al ante cristo, y aun al mismo Satanas. Señor, si yo fuera tan fácil para calificar proposiciones, ¿que no podria decir de esta! ¿Cismático un obispo porque reclama contra la usurpación de unas facultades que no le han sido dadas por el Pontífice, ni por la iglesia, sino por el mismo Jesucristo, y que no se le dieron á su persona, sino al cargo episcopal! ¿Comparable con Satanas el obispo zeloso de su dignidad y de la observancia de los cánones y de la antigua disciplina de la iglesia, porque pide que se observen, y que se destierren los abusos! Yo dexo á la prudencia de V. M. el concepto que merece una expresión semejante. No quiero hablar mas en esto: solamente preguntaré si eran cismáticos y comparables á Satanas un S. Cipriano y otros padres de la iglesia, que con tanta firmeza sostuvieron sus derechos, quando creian que los Pontífices se los usurpaban: si lo eran los ilustres prelados españoles que con tanta gloria de la nacion y tanto provecho de la iglesia reclamaron y defendieron en el concilio de Trento las prerogativas del episcopado, y resistieron constantemente los ataques y los artificios de Roma; si lo eran los obispos franceses que allí concurrieron, y que sirvieron á los nuestros de tanto apoyo, ¿era cismático y comparable á Satanas un Bossuet, un D. José González Laso, dechado de virtud y de firmeza apostólica? ¿lo eran un Tavira, un D. Francisco de Solís, y tantos otros obispos, varones respetables, en cuya memoria se honrará siempre la nacion?.... ¿Que abuso de palabras! ¿Que facilidad en los juicios! Hereges llaman á los que cumplieron con su deber, anuncian francamente su opinion para promover el bien del estado; cismáticos é infernales á los obispos que deseando llenar su obligacion reclaman sus facultades usurpadas!... Toleramos nosotros que otros obispos, descuidando unos derechos que no pueden renunciar aunque quieran, solo se acuerden de representar á V. M. para pedir la Inquisición, que tan poco honor les hace; lo toleramos, les miramos con respeto; aun quando se equivocan; pero no se tolera por los defensores de la Inquisición que un obispo mire por su dignidad, y pida el reintegro de lo que le es inherente, de lo que se le ha usurpado. A este no se le tolera, se le denigra, se le despedaza.

„En fin, Señor, está visto que V. M. puede suprimir la Inquisición; y

ya es indisputable que debe suprimirla. No queda otro medio que restablecer la ley de Partida, y en ello ni se quita su legítima autoridad al Prímado, ni se da ninguna á los obispos. V. M. no hace mas que dexárlas expedito el uso de unas facultades que Dios les confió, y que nadie ha podido quitarles. V. M. les restituye lo que Roma les había usurpado; y V. M. puede y debe hacerlo en beneficio de la nacion y en obsequio de la misma iglesia. Son muy análogas á este punto algunas observaciones hechas por el sabio obispo Solís, virey de Aragon, en un discurso, del qual ha citado varios pasages el Sr. Villanueva. Sírvaselo V. M. oírlas, porque en boca de aquel prelado harán una fuerza que perderian en la mia; y se verá que por obispos españoles se han defendido los mismos principios que aqui se impugnan con tanto empeño (*leyó*): „Así esta (la práctica) consiste en el uso del derecho natural con que cada uno puede lícitamente tomar lo que es suyo en qualquier parte que lo halle. Como la reformation necesaria de la iglesia, y el postliminio del derecho comun restituido á su primera libertad, despues de la esclavitud prolongada de los cánones, son empeños superiores á las cortas fuerzas y limitadísima autoridad á que la política romana ha reducido á los obispos, especialmente estando divididos en sus diócesis; y pues la experiencia ha dicho, que unidos en los concilios generales, y con la voz de la cristiandad de sus naciones, han sido vanos sus esfuerzos, mal se podrán creer eficaces estando separados en sus territorios; y quizá algunos menos atentos á la causa del cielo, mas cortesanos con las del mundo, y casi todos temiendo la tiranía de aquella corte, no se atreverán á respirar.”

„A que se añaden dos cosas: la primera, que con la larga paz de las provincias se suelen olvidar las artes de la guerra, y con el transcurso pacífico de tanto tiempo, la misma condescendencia de nuestros monarcas á aquella corte, y los discursos de los españoles, empeñados como Colones de la verdad, en descubrir en los insondables piélagos de sus incomprensibles misterios nuevos rumbos de discursos, han hecho poco ó nada apreciables en las universidades los sólidos estudios de la historia de la iglesia, de la erudicion eclesiástica, de los concilios ecuménicos de la iglesia primitiva, y questões dogmáticas; de manera que rarisima vez se ve en los doctores mas eminentes en la teología prevaleciente en las escuelas, quien creyendo que la curia y dataría pontificia son verdaderas oficinas de San Pedro, no se escandalice al oír que San Ambrosio, San Agustín, San Atanasio y San Crisóstomo fueron consagrados en obispos, sin ser preconizados de los Papas, sin bulas y sin cargamento de pensiones; y la segunda, que como por la congregacion de la Inquisicion general de Roma se prohiben frecuentemente las obras menos gratas á su corte, contienen su pluma los mas sabios, por no tener estos á la mano los milagros, como San Bernardo, para preservar con ellos sus libros de las condenaciones y censuras, como aquel santo doctor los suyos.” (*S. Bernardo de considerat. ad Eugenium.*)

„Tampoco se puede prudentemente esperar la reformation de la curia romana, ni la restitution del derecho comun, ni la del canónico y divino en la reintegracion de sus acciones á los obispos, de la soberana providencia de los Papas, así por lo que se ha dicho, como porque aunque despues de aquellos abusos ha habido algunos de cuya santidad y zelo por la mayor gloria de Dios se pudiera prometer la cristiandad el entero cumpli-

miento de sus votos, la difícil reformation es superior á su alta potestad, y solo para esto no quieren los Romanos que la tengan: en unos la brevedad del pontificado no les dió mas tiempo que para desealarla; en otros las falacias de sus parientes y ministros les frustraron los propósitos de enmendarla: á unos la dureza de la materia fué óbice grande para valerse de la ocasion; y á otros, en fin, el temor de morir anticipadamente, como Adriano VI, quien los reduxo á inaccion con el escarmiento y rezelo de alguna fatalidad. Inocencio XII, al mismo tiempo que remordido del gusano de su conciencia, se condolia de los desórdenes de la dataría, los toleraba; y considerándolos dignos del mas eficaz remedio, los permitia."

„A que se junta que las reformationes intentadas ó executadas en Roma, ya por el zelo de los cardenales juntos en cónclave, ó por el de algunos santos Papas, han sido siempre las primeras insubsistentes y las segundas vitalicias: de aquellas son testigos claros los oscuros exemplares, de Julio II, dispensándose quando Papa quanto juró para serlo, y de Alexandro VII en la dispensacion de sus nepotes; y de estas la experiencia, así en el pontificado de Alexandro VIII, en que para hacer clarísima su casa, se vieron caminar por los espaciosos canales de Venecia los rebalsados raudales de oro y plata, que la severa disciplina de su antecesor Inocencio XI no dexó entrar en su palacio, como tambien con la muerte de Inocencio XII, en que tambien la reforma de los abusos de las resignas *in favorem* con reserva, y de las pensiones bancarias en los beneficios curados, cobraron nueva vida; y los desórdenes que han quitado gran parte de su eficacia á las familias pontificias, perderán su vigor en adelante, si como publican los fiscales del Norte, se trata de romper el sagrado de los sellos del difunto Papa, para abrir de nuevo la puerta á la venta de los clericalos de la cámara."

„El único remedio humano, ó recurso á la reformation suspirada por la cristiandad, de la curia de Roma y libertad de las iglesias de España, es hoy la autoridad soberana del monarca, no por la via de sus ruegos, representaciones ó embaxadas; pues sobre ser estos medios inútiles, como se vió en las de Pimentel y Chumacero, no puede haber cosa mas disonante que el que un hombre emplee sus serios oficios con un hidrópico, para que no admita ni reciba en casa el agua, que dexa extraer y llevar desde la suya, haciéndose así reo de la hidropesía agena que fomenta, y de la sed que su permission motiva á su exhalada familia."

„Son los príncipes soberanos por su dignidad padres y tutores de sus vasallos, universales protectores de las iglesias de sus reynos, y executores del derecho natural, divino y canónico; por cuyos títulos, aunque no les es permitido dar leyes al altar, ni tomar el incienso en él, les incumbe la obligacion de hacer conservarlas en sus dominios, cuidar no se haga fetido, sino aceptable á los ojos de Dios el incienso, conservar la pureza de sus aras, é impedir sus profanaciones, purgar los abusos, proteger el clero, defender á los sacerdotes, é interponer su real auxilio y mano fuerte para propulsar las injurias, repeler las fuerzas, redimir las vexaciones, sacudir los gravámenes, y mantener los legítimos derechos de sus vasallos, así eclesiásticos como seculares, contra qualquiera, por muy privilegiado que sea, que abuse de su poder para oprimirlos."

„Use, pues, V. M. de estos derechos, remedie el abuso de trescientos años, y suprima un tribunal, que no solo es incompatible con la constitucion

sino poco conforme á la religion , y perjudicialísimo al estado , como lo han hecho ver otros señores. Háyle dado el Papa toda la autoridad eclesiástica que se quiera , V. M. puede impedir el exercicio de esta autoridad , como lo hizo Felipe v. con el tribunal de la Nunciatura , aunque el Papa hubiera podido dársela. Pero el Papa no se la pudo dar en perjuicio de los obispos ; y es indispensable que , como propone la comision , se dexé á estos expedito el uso de unas facultades que recibieron de Dios , y que exercieron por espacio de tantos siglos. (*Aquí fué interrumpido el orador por alguno de los que estaban á su lado.*) Espero (*prosiguió*) que no se me interrumpa , y que se guarde el decoro correspondiente. Répito que las facultades que la comision propone se restituyan á los obispos ; les han sido dadas por Dios , las exercieron constantemente hasta el establecimiento de la Inquisicion , y no se les ha podido privar de ellas ni aun por el Sumo Pontífice. La qualidad de Primado autoriza enhorabuena al Papa para cuidar de la pureza de la fe , velar sobre la observancia de los cánones , y hacer que los obispos cumplan con sus deberes ; pero de ningún modo para impedirles sus funciones , quando ellos las desempeñan , y mucho menos para abrogárselas. *Et tu aliquando conversus confirma fratres tuos* ; he aquí la primacia. Ronga remedio si los obispos se descuidan ; pero quando no se descuidan , ¿ quién puede quitarles ni cercenarles su potestad episcopal ? Y si uno ú otro se descuidaba en tiempo de los Reyes Católicos , ¿ debian pagarlo los demas ? Y si todos fueron omisos , ¿ debia castigarse á sus sucesores , y ser este como el pecado de Adán , segun dice el obispo Laso ? Ninguna razon bastante hubo ni pudo haber para prohibir á todos , ó limitarles tan considerablemente el conocimiento de las causas de fe que siempre habian tenido. Y para que se convenza el Señor que aquí al lado se ha atrevido á desmentirme , leeré una autoridad , que no se tendrá por sospechosa. Es una resolucion del Papa Lucio III , y no muy antigua , pues fué dada en 1181 (*leyó*). *Universos , qui de sacramento corporis et sanguinis Domini nostri Jesuchristi , vel de baptismo , seu de peccatorum confessione , matrimonio , vel reliquis ecclesiasticis sacramentis aliter sentire , aut docere non metuunt , quam sacrosancta Romana Ecclesia predicat et observat , et generaliter quoscunque eadem Romana Ecclesia , vel singuli episcopi per dioceses suas cum consilio clericorum.....* Cada obispo en su diócesi con consejo de los clérigos : por esto se verá que tampoco se introduce novedad alguna por la comision en proponer que haya consiliarios..... *vel clerici ipsi , sede vacante , cum consilio (si oportuerit) vicinorum episcoporum hæreticos iudicaverint , vinculo perpetui anathematis innodamus. Præsenti nihilominus ordinatione sancimus , ut quicumque manifesto fuerint in hæresi deprehensi , si clericus est vel cujuslibet religionis obumbratione fuscatus , totius ecclesiastici ordinis prerogativa nudetur , et sic de omni officio et beneficio spoliatus ecclesiasticus , secularis relinquatur arbitrio potestatis , animadversione debita puniendus : nisi continuo post deprehensionem erroris , ad fidei catholicæ unitatem sponte recurrere , et errorem suum ad arbitrium episcopi regionis publice consenserit abjurare , et satisfactionem congruam exhibere. Laicus autem nisi (prout dictum est) abjurata hæresi , et satisfactione exhibita , confestim ad fidem confugerit orthodoxam , secularis judicis arbitrio relinquatur , debitam recepturus pro qualitate facinoris ultionem. Qui vero inventi fuerint sola suspitione notabiles , nisi ad arbitrium episcopi juxta considerationem sus-*

picionis, qualitatemque personæ, propriam innocentiam congrua purgatione monstraverint, simili sententiæ subiacebunt. Esta es cabalmente la ley de Partida, y lo mismo que propone la comision: esta la antigua y constante disciplina. A la iglesia y á cada obispo en su diócesis con consejo de su clero tocaba declarar la heregia é imponer al herege las penas eclesiásticas si no queria convertirse: para la imposicion de las temporales se le dexaba á disposicion del juez secular. Véase si el Papa por sí ó por sus delegados se abrogaba las facultades de los obispos: véase si la satisfaccion que se exigia de los que se reconciliaban, y la compurgacion de los sospechosos debian ser á gusto del Papa ni de inquisidores algunos, ó si eran únicamente al arbitrio del propio obispo; y téngase presente que se estaba ya en un tiempo en que los Pontífices habian dado la mayor extension á sus prerogativas. Pero aun hay mas. Dice por último el Papa Lucio (*leyó*): *si qui vero fuerint qui à lege diocesane potestatis exempti soli subiaceant Sedis apostolicæ potestati, nihilominus in his, quæ sunt contra hereticos instituta, episcoporum subeant iudicium, et eis in hac parte tanquam à Sede apostolica delegatis (non obstantibus libertatis suæ privilegiis) obsequantur.* Ya entonces estaba introducido el abuso de las reservas y exenciones de la autoridad ordinaria; y sin embargo, lejos de creerse que las causas de heregia debian reservarse al Pontífice, se las consideraba tan propias de los obispos, que aun los exentos les quedaban sujetos en quanto á ellas, bien que dándoseles el absurdo título de delegados de la Santa Sede.

„Así, pues, quando he dicho que el restablecimiento de la ley de Partida propuesto por la comision, no es mas que el restablecimiento de lo que constantemente se observó en la iglesia, no he hecho mas que decir una verdad eterna, la qual extraño que se haya negado por alguno. La ley de Partida es tan sabia, tan conforme á las de la iglesia, que V. M. no puede dexar de restituirla á su antiguo vigor. En ello, repito, que ni se hace una innovacion, ni se da á los reverendos obispos autoridad alguna que no tengan, y de que no deban usar siempre. El artículo que propone la comision está exactamente concebido, y V. M. en aprobarlo hará lo que puede y debe; porque suprimirá un tribunal incompatible con la libertad civil y los adelantamientos de la nacion, y como protector de la iglesia y de los cánones dexará expedito á los obispos el uso de las facultades que les competen.

„Ya preveo que se me querrá contestar con el argumento tantas veces hecho de que los reverendos obispos, lejos de reclamar sus antiguas facultades, piden el restablecimiento de la Inquisicion. Es verdad que algunos lo han pedido, cuidando de esto mas que de sus propios derechos; pero ni son todos, ni aun la mayor parte de los de España; ni aunque lo fueran podrian ellos mismos renunciar unos derechos que, como antes dixe, no se concedieron á sus personas sino á su dignidad; derechos que son, como los de la nacion, imprescriptibles é inagenables. La Inquisicion, dicen algunos, que les alivia de parte del trabajo. Yo quisiera, Señor, que esta razon no se hubiera alegado por un obispo. ¿Les es lícito buscar esos aliviadores y descargar se de un cuidado que les ha impuesto el mismo Jesucristo? El poder vivir con mas descanso ¿es bastante razon para que se desprendan de tan apreciable prerogativas, y dexen su grey al cargo de pastores adventicios? ¿Estan para descansar ó para trabajar de dia y noche en el cumplimiento de su sagrada

ministerio?..... Pero ya se ha dicho mucho sobre esto, y no me toca á mí insistir mas en semejante punto.

„Haré sin embargo alguna observacion sobre eso de la unánime y decidida voluntad de las provincias en favor de la Inquisicion. En la mia, ó á lo menos en la mayor parte de ella, no se manifiesta semejante voluntad, y puedo asegurar á V. M. que la supresion de la Inquisicion no causará allí el disgusto ni ninguno de los males que se han pronosticado. Acerca de las otras no puedo hablar con la misma seguridad; pero yo no sé, Señor, si debo creer que sea tal y tan decidida la voluntad de las provincias, quando apenas hay una que no hubiese resistido el establecimiento de la Inquisicion, ó que no se haya alterado contra ella, ó que no se haya quejado de sus terribles procedimientos. Contra ella hubo conmociones populares en Córdoba y en Mallorca, en Aragon las hubo aun mas terribles y de mas funestas resultas: en Valencia, á pesar de lo que ha dicho el *Sr. Borrull*, las hubo tambien en 1420 quando Alfonso v quiso introducir la Inquisicion; y por cierto que no las excitaron los judíos, sino el brazo militar ó la clase de la nobleza, que fué la que mas se opuso. Por la Inquisicion perdimos los estados de Flandes, y estuvimos á riesgo de perder el reyno de Nápoles. Los pueblos todos la miraban con tal horror, que tambien en Milan, en Parma y aun en Roma se experimentaron iguales alborotos; y el mismo Páramo confiesa que eran comunes estas conmociones donde quiera que la Inquisicion se establecia. ¿Pues como ha de ser posible que lo que antes era tan odiado, ahora se solicite con tanto ahinco? ¿Como ha de haber habido una mudanza tan grande en los sentimientos y en las opiniones de todos? Si algun pueblo quiere la Inquisicion, es porque queriendo la religion, se le ha hecho creer que religion é Inquisicion son sinónimos: no conoce la Inquisicion, porque se ha cuidado muy bien de que no la conozca; pero que llegue á conocerla, que se le diga lo que es, y se verá que ninguno la pide, y que la resistirá como antes se resistia. Esto de que claman por ella las provincias, y de que recibirán mal el decreto de extincion, me parecen razones dictadas por el mismo espíritu que las de que Bonaparte abolió la Inquisicion, y que los hereges é impíos estan muy mal con ella. Yo me acuerdo, Señor, que quando otras veces se han tratado en el Congreso asuntos de la mayor utilidad para la nación, pero contra el interes de ciertas clases ó personas, se nos han hecho los mismos ó muy semejantes argumentos. Quando se discutia el benéfico decreto de señoríos, se dixo por los que lo impugnaban casi lo propio que ahora. El *Sr. Ostolaza* habló mucho de que aquel era un decreto semejante á los de Napoleon, de que eran máximas de los franceses, de que sería perjudicialísima semejante medida, y que no era tal el objeto de nuestra mision. Señor, se decia tambien, que se iban á inquietar las provincias: lo mismo se repite ahora. Otro señor aseguraba (y fué precisamente el *Sr. Llaneras*) que la abolicion de señoríos iba á producir la division y la anarquía. Otro dixo, que los pueblos se hallaban bien con sus señores, y que aquel decreto sería mal recibido, especialmente en su provincia. Y sin embargo en todas las provincias ha sido recibido con aplausos: los pueblos han colmado á V. M. de bendiciones, y ya se ha visto que no ha producido el trastorno ni ninguna de las malas consecuencias que se anunciaron. Tratóse del voto de Santiago: el *Sr. Ostolaza* repitió tambien lo de los decretos y máximas de los franceses, lo de nuestra mision y

Bbbb

demas razones de costumbre; y á despecho del Sr. *Ostolaza*, el decreto de V. M. ha sido recibido con igual placer que el otro. ¿Por qué, pues, no he de creer que ahora sucederá lo mismo, y que ahora se engañan estos señores como entonces se engañaron? Si entonces conocieron tan mal la voluntad de las provincias, ¿no estoy autorizado para presumir que ahora tampoco la conocen? ¿No podré tambien pensar que toman la vez de las provincias para dar fuerza á sus opiniones particulares? Pero han venido muchas representaciones pidiendo la Inquisicion; ¿y qué importa? Esas representaciones serán quando mas la opinion de los que las firman: serán, si se quiere, la de ciertas clases ó corporaciones; pero no la de todos ó la mayor parte de los individuos de aquellas provincias. Aun de los que firman ó de los que suenan, muchos no saben lo que piden, ó piden lo que no quieren. Pues qué, ¿se ignora como se han arrancado esas representaciones? ¿No constan en la secretaría de V. M. algunos de los manejos é intrigas que sobre ello ha habido en Asturias, Santiago y otras partes? ¿No sabe el público qué clases de gentes han mediado, de qué arbitrios se han valido, y qual es el estímulo que las mueve? Puedo asegurar á V. M. que al cabildo de cierta catedral se le hicieron eficacísimas instancias para que representase tambien pidiendo la Inquisicion, y su respuesta fué que esperaba la resolucion del Congreso sin querer prevenir su juicio. Sé muy bien los sugetos que mediaron, los oficios que hicieron, y otras particularidades; pero no es menester decir las, para que se conozca que poco mas ó menos se habrán procurado del mismo modo las representaciones que han venido. Tal vez de Cádiz y aun del propio Congreso se han enviado cartas solicitándolas, y hay mucho que decir si hemos de decirlo todo. Pero al cabo, si hay representaciones en solicitud de que se restablezca la Inquisicion, otras han venido tambien pidiendo que se suprima, y de haberse leído las unas, entonces se hubieran leído igualmente las otras; y yo no sé quales harian mas fuerza. Así, pues, no hay para que estos señores se resientan, ni quieran sacar argumentos de que no se han leído las que apoyan su opinion. V. M. ha hecho muy bien en mandar que ninguna se lea; porque en este asunto no debemos atender á lo que quieran, ó á lo que pidan unos quantos, sino á lo que mas convenga para el bien general de la nacion. Los que han representado expresan su voluntad; pero no tienen poderes para expresar la del pueblo. La voluntad del pueblo español es que se conserve pura la santa religion que profesa, y en esto estamos todos conformes; pero no tiene tal voluntad de que subsista precisamente la Inquisicion, y sí la tiene muy solemnemente pronunciada de que se guarde la constitucion. Recibirá con gusto el decreto de V. M. en que vea protegida la religion por leyes conformes á la constitucion, y prevenidos los delitos contra la fe, ó asegurado su castigo: esto es lo que él quiere; pero que el encargo de prevenir y castigar esos delitos lo exerzan los inquisidores mas bien que los ordinarios, esto no lo quiere el pueblo, sino que otros quieren que lo quiera.

„Uno de los mas ardientes defensores de la Inquisicion, persuadido de que el pueblo clama por ella, no ha podido menos de confesar que si el pueblo la quiere, es porque está en el error de creer que la religion y la Inquisicion son una misma cosa, y que la una no podrá conservarse sin la otra. „Yo bien conozco, ha dicho, que esto es una supersticion; pero es menester condescender con ella.” ¿Y contribuiríamos nosotros á que el pue-

blo subsistiese en ese fatal engaño? ; Y esto lo dice el ministro de un Dios de verdad, que como tal debía ser el enemigo mas irreconciliable de las supersticiones! La supersticion perjudica á la religion tanto tal vez como la misma heregia. Si el pueblo está en ese error, ¿por que los eclesiásticos no tratan de manifestarle que se equivoca? ; Por que no le predicán la verdad, que es lo único que deben anunciarle, aun á costa de los mayores peligros? Pero si en vez de anunciársela, todos conspiran á mantenerlo en el error; si los mismos que habian de ilustrarle y dirigirle le ofuscan mas y le extravían, ¿como ha de rectificar sus ideas? Esto me recuerda otra cosa que dixo el mismo señor: *la ignorancia del pueblo le hace querer la Inquisicion; la Inquisicion se opone á la ilustracion del pueblo.* He aquí, Señor, un círculo vicioso del que no podrá salir nunca la nacion mientras subsista ese tribunal. Destruya, pues, V. M. la causa de esa ignorancia, para que se ilustre el pueblo: que vea la enorme diferencia que hay entre religion é Inquisicion, y que conozca que no necesita de esta para conservar pura su fe, y ser eternamente católico.

„Por último, Señor, en vano se cansan los que impugnan el artículo que se discute, porque no hay otro medio que adoptar despues que V. M. se halla en la necesidad de suprimir la Inquisicion, como incompatible con la constitucion que hemos jurado. Si, Señor, V. M. no puede menos de suprimirla, porque no es susceptible de reforma, porque la incompatibilidad no consiste únicamente en el modo de enjuiciar: todo su sistema es incompatible, no solo con nuestra constitucion, sino con la de qualquiera estado libre é independiente. ¿No se creia la Inquisicion autorizada para proceder aun contra los mismos reyes, fundándose en que estos no merecen tanta consideracion como los frayles? ; No se atribuía, con el apoyo de absurdos decretos de Roma, la facultad de compeler con censuras á los soberanos temporales, para que revocasen qualesquiera leyes ó estatutos que directa ó indirectamente impidiesen el exercicio del tribunal? ; No era el inquisidor general un soberano absoluto? ; No seria con la Inquisicion un nombre vano la inviolabilidad de los diputados de Córtes? Porque yo pregunto: ¿el resentimiento de un ministro ó de una clase poderosa no hallarian en la Inquisicion un medio fácil para perder á qualquiera? Los que en esta discusion han expuesto francamente su dictámen sobre ese establecimiento, ¿no serian proscritos y perseguidos por un tribunal que á los que le impugnan los trata acaso peor que á los que impugnan la religion? ; Por un tribunal que ha proscrito ya como heregias los mismos principios que V. M. ha sancionado como leyes fundamentales? No olvidemos, Señor, qual ha sido su conducta en todos tiempos, ni imitemos á los que á fuerza de oírle llamar *Santa Inquisicion, Santo Tribunal, Santo Oficio*, han llegado á creer que era una cosa santa que no hacia mas que santidades. Así se ha abusado de las palabras para enganar á los pueblos, y así tenia Fernando el Católico la costumbre de santificar sus establecimientos para que fuesen mejor recibidos.

„Ahora me acuerdo de la santa hermandad que creó el mismo monarca con igual objeto poco mas ó menos que la Inquisicion, esto es, con el de hacer mayor el poder real, y consolidar su sistema de política bien á costa de la libertad española; porque con perdon del Sr. Ostolaza, si es cierto que aquel rey mereció el renombre de Católico, no lo es menos que tuvo tambien no poco de ambicioso y arbitrario.

„Pero ya basta, y concluyo aprobando el artículo. V. M. no puede menos de aprobarlo tambien. Declarada ya por el Congreso la incompatibilidad de la Inquisicion con la constitucion, no queda mas alternativa que, ó quemar la constitucion, ó abolir la Inquisicion. Por mi parte yo lo juro ante V. M. y á la faz de la nacion; yo me expatriaria si la Inquisicion se restableciese. Soy y quiero ser católico, apostólico, romano; pero quiero ser libre. Deseo cumplir con mis deberes; pero no quiero ser el juguete de un déspota ni la víctima del fanatismo.”

Concluido este discurso, declaró el Congreso, á propuesta del Sr. *Llarena*, que el artículo primero estaba suficientemente discutido, y que su votacion fuese nominal, como propuso el Sr. *Calatrava*. Procediéndose á ella, resultó aprobado por nóventa y dos votos contra treinta.

SESION DEL DIA 27 DE ENERO DE 1813.

El Sr. *Martinez* (D. José) llamó la atencion del Congreso manifestando que se perdía la patria si no se adoptaban medidas enérgicas para que todos cumpliesen con su obligacion, siendo infinitas las desobediencias á los decretos de las Córtes, los desórdenes, atentados, infracciones de constitucion &c.; y refiriéndose á que ayer algunos señores diputados salieron del Congreso al momento de irse á votar el artículo primero del proyecto de decreto relativo á los tribunales protectores de la religion, y á que otros manifestaron algun acaloramiento en la votacion, propuso que las medidas enérgicas que debian tomarse comenzasen por los señores diputados, dando una providencia para que nadie saliese al tiempo de la votacion &c. Contestóle el Sr. *Presidente* que esto ya estaba mandado, y que si su ánimo era que se estableciese alguna pena para los infractores, hiciese proposicion formal, la que á su tiempo se tomara en consideracion.

„El Sr. *Porcel* hizo la siguiente: *Desde ayer no existe el tribunal de la Inquisicion. Sin prevenir el juicio del Congreso sobre la aplicacion que hayan de tener sus bienes, propongo desde luego que se tome providencia acerca de la ocupacion y administracion de sus bienes, hasta tanto que se resuelva su destino y aplicacion definitiva, declarando que todo acto de enagenacion posterior al dia de ayer es nula.* Pasó esta proposicion á la comision de Hacienda con urgencia.

„Se leyó el artículo segundo del proyecto de decreto, relativo á los tribunales protectores de la religion, que dice: *Todo español tiene accion para acusar del delito de heregia ante el tribunal eclesiástico; en defecto de acusador, y aun quando lo haya, el fiscal eclesiástico hará de acusador.*

El Sr. *Presidente*: „Supuesto que ya está sentada la base de esta discusion con la aprobacion del artículo primero, suplico á los señores diputados que hayan de hablar sobre este segundo, se circunscriban á él sin extraviar la qüestion.

„El Sr. *Ximenez Hoyo*: „Señor, sobre este artículo tengo que hacer á V. M. una propuesta, que me temo no será admitida; pero sin embargo debo decir lo que me parezca.